

Luis Villoro.

Una crónica personal

“La reforma del entendimiento suele acompañarse así de un proyecto de reforma de vida y, eventualmente, de una reforma de la comunidad. Si por su preguntar teórico, la actividad filosófica era cuestionamiento y discrepancia, por su actitud práctica adquiere un signo más de negación. Frente al pensamiento utilizado para integrar la sociedad y asegurar su continuidad como esa *misma* sociedad, el pensamiento filosófico es pensamiento de ruptura, de *otredad*”

LUIS VILLORO

I

Corría el mes de septiembre de 1979. Era un joven provinciano que llegaba a la ciudad de México egresado del memorable CCH-Oriente de Puebla (el Instituto Jesuita incorporado al modelo CCH de la UNAM). Mientras mis compañeros de generación egresaban de bachilleratos de dos años en casi todo el país, yo llegaba a la Universidad Autónoma Metropolitana de Izta-palapa (recién fundada en 1974) con tres años, esto es, con mayor madurez y conocimientos básicos a estudiar Humanidades/Historia, nombre que sigue teniendo la licenciatura de quienes amenazan ser historiadores en dicha universidad. “Casa abierta al tiempo”. Entre mis primeros cursos del tronco común de la División de Ciencias Sociales y Humanidades (era la única universidad pública del país que estrenaba el sistema departamental) estaba uno que me llamó particularmente la atención. *Doctrinas políticas y sociales I*, introducción al pensamiento moderno. El profesor encargado

era Luis Villoro Toranzo. La pasión con la que el Profesor Villoro llegaba a impartir su clase en esas tardes lluviosas de fin de verano y el otoño fue una impactante experiencia en mi formación. Comprender el polémico periodo conocido como *Renacimiento* a la luz del imperio de la razón (el mundo moderno) desvelaba una intrigante búsqueda de mi maestro, que en mi juventud no comprendía del todo, pero estaba manifiesta en sus preguntas y comentarios. El pensamiento moderno cambia el eje de la interpretación del mundo a partir de las escrituras, donde el hombre es imagen y semejanza, a la de la razón

que, por conducto del *logos*, crea un nuevo humanismo, el conocimiento de las leyes del universo del que formamos parte, y sólo así, con los deístas, comprender el opus *dei*. Ya desde el bachillerato había iniciado el debate con el inolvidable Tacho de la Torre (SJ) sobre la importancia del deísmo racionalista de Descartes y su teoría de las ideas *innatas, claras y precisas*, de donde se inicia la *duda metódica* que conduce al conocimiento a través del método, que inauguraba la ciencia moderna en el siglo XVI. Con Luis Villoro reforcé la comprensión del iusnaturalismo racional que claramente establecía, en el pensamiento de los ilustrados del siglo XVIII, que Ciencia y Religión tenían caminos separados y que el *reino de la libertad* era condición *sine qua non* para un nuevo humanismo basado en la idea de progreso material, pues el libre albedrío, esa potencia de la que escribía Santo Tomás en la *Summa*, permitía buscar los caminos de la salvación a través del descubrimiento de las leyes universales.

II

Razón y Ciencia se volvieron el credo con el que se inauguraba el liberalismo económico y político del siglo XIX. El maestro había sido fundador de la UAM, viniendo del Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM. La apuesta de Villoro era crear mentes críticas que tuvieran a la filosofía como arma para entender que significaba la libertad, la modernidad, la alteridad, el cambio social y la revolución. La experiencia acumulada en sus años de profesor en la UNAM y la UAM, en lo respectivo al pensamiento moderno, lo resumió en la publicación de su libro de divulgación *El pensamiento moderno*. (Filosofía del Renacimiento).¹ Posterior a su curso, siendo jefe del Departamento de Filosofía, busqué varias veces al Maestro y entablé una extraña amistad alumno-profesor en torno a una frase que Villoro repetía en otros textos, “el reino de la libertad no actúa en abstracto”. Fiel a mis convicciones libertarias que me venían desde mis estudios secundarios, cercano al Partido Comunista, esta frase, que rodeaba el espíritu de *Los grandes momentos del indigenismo en México* y el *Proceso Ideológico de la Revolución de Independencia*², me hicieron profundizar en el laberinto intelectual del maestro, en su etapa de reflexión sobre la filosofía histórica, la hegeliana, la de las acciones contingentes que en México tuvieron dos grandes momentos: la filosofía de lo indígena y la propiamente nativa, y los silencios del cura Hidalgo en su odisea por la libertad, silencios que se refugiaron en el pesar pero no en el arrepentimiento por las arengas que costaron vidas en su camino hacia la Alhóndiga

¹ Villoro, Luis. *El Pensamiento Moderno* (Filosofía del Renacimiento), FCE-El Colegio Nacional, 1992.

² Villoro, Luis. *Los grandes momentos del indigenismo en México*, Colmex, 1950; *El proceso ideológico de la revolución de independencia*, UNAM, 1953 (varias ediciones con el título La Revolución de Independencia).

y de ahí al cerco de Tacubaya, donde inexplicablemente cedió en retirada, marcando el inicio del fin de su movimiento. Precisamente porque la *libertad no actúa en abstracto*, la revolución se convierte en el arma necesaria para hacer tangible la libertad. Fue Villoro, desde la perspectiva de una filosofía histórica, el primer intelectual mexicano (nacido en Barcelona en 1922) que caracterizó a la Independencia de Hidalgo como un movimiento ideológico revolucionario, de raíces hispánicas, de la ruptura del pacto que devuelve la soberanía al pueblo originario. (Introdujo las ideas pactistas de Suárez como antecedente de la reflexión libertaria del cura de Dolores) En su búsqueda del pensamiento universal (filosofía teórica) Villoro dio enorme impulso desde la UAM-I a la filosofía que va desde Descartes, pasando por Hegel y Husserl, a la filosofía analítica en manos de uno de sus grandes precursores, Ludwig Wittgenstein, y ya en la etapa final de su vida, desde la aparición en 1998 de su estudio, *Estado Plural*,³ de una filosofía práctica.

III

Conocimiento y Poder obsesionaron gran parte de sus trabajos posteriores a sus reflexiones histórico-filosóficas. La génesis de estas inquietudes de un Villoro maduro comenzó con la publicación en 1982 de un memorable ensayo filosófico que marcó la originalidad de pensamiento del quizá único filósofo original propiamente dicho que ha tenido México: *Creer, Saber, Conocer*.⁴ Seguido de *El concepto de ideología*.⁵ La trama intrínseca de estos textos debate, fue la dialéctica entre ideología, conocimiento y poder, trilogía que domina el *mainstream* de las posturas actuales que la pandemia ha desatado en el mundo occidental. En una versión muy original de una filosofía de la praxis de inspiración marxista, Villoro nos propuso una filosofía práctica desde 1998 hasta el año de su muerte en el 2014, donde la democracia radical tendría sentido si el consenso del relativismo cultural nos lleva a una ética universal de la justicia. La filosofía debe ser crítica y aceptar que, así como la libertad no actúa en abstracto, la democracia liberal heredada del pensamiento ilustrado no tiene sentido sin ampliar su concepto, incluyendo a los otros, pluralidad que desemboca en una democracia radical, no sólo de *mandar obedeciendo*, sino de conciliación con la resistencia indígena y sus formas de representación política. La síntesis de su postura militante desde el 2005 con el EZLN, cierra el Alfa y Omega de su teoría sobre el Silencio, de la Resistencia como Liberación, de los Mundos que caben en el Mundo, del fin del etnocentrismo y del humanismo clásico donde el nuevo centro se desplaza en las múltiples

³ Villoro, Luis. *Estado plural, pluralidad de culturas*, México: Paidós - UNAM, 1998.

⁴ Villoro, Luis. *Creer, saber, conocer*, México, Siglo XXI, 1982.

⁵ Villoro, Luis. *El concepto de ideología y otros ensayos*, México, FCE, 1985.

periferias de la aldea global. Distanciado de las tradiciones teleológicas de la Historia, (el fin de la Historia) Villoro nos propuso en el ocaso de su fructífera vida intelectual, un mundo de posibilidades, de bifurcaciones, de autodeterminaciones identitarias incluyentes. Cuando el conocimiento se distingue de las creencias y se reproduce como saber adquiere autonomía de la ideología, pero en la medida en que acompaña al poder se percibe como su brazo ideológico, inevitable en todo proceso de cambio social, de *revolución de las conciencias*, como afirmarían los nuevos ideólogos de la cuarta transformación que vive México hoy. De aquí que sus últimas obras: *De la Libertad a la comunidad*, *Los retos de la sociedad por venir*, *La significación del silencio y otros ensayos* (última obra editada por la UAM, la casa que ayudó a fundar) sean su testamento filosófico para el México del mañana, sin haber abandonado nunca sus tres grandes momentos reflexivos: filosofía histórica, teórico-crítica y práctica.⁶

IV

No quisiera terminar mi crónica testimonial personal sobre la figura de mi maestro, el primero que me recibió en la *Casa Abierta al Tiempo*, viniendo de un CCH de inspiración jesuita-marxista (hoy por supuesto, no queda ya rastro alguno lamentablemente de esta tradición en el Instituto Oriente) sin ubicarlo someramente, pues no soy filósofo, sino historiador, en la tradición filosófico-histórica mexicana. Fue quizá Alonso de la Veracruz el primer difusor de la filosofía en la Real y Pontificia Universidad de México desde julio de 1553. Las disputas sobre *De justis belli causis apud indios* (1550) entre Ginés de Sepúlveda y el Padre las Casas marcaron desde el siglo XVI en lo que hoy es México, una tradición de disputa filosófica de resistencia. Ya en el siglo XVIII, la tradición filosófica jesuita inspiró a Benito Díaz de Gamarra a redactar sus *Elementos de Filosofía Moderna*. El siglo XIX no dejó espacio para reflexiones filosóficas en medio de la inestabilidad política y guerras civiles e internacionales, hasta que la llegada del positivismo con Gabino Barreda inauguró una nueva tradición reflexiva sobre la identidad de México junto con Justo Sierra. La obsesión por la evolución social de México y la incorporación del pasado indígena y las ideas eugenésicas de finales del siglo XIX inauguraron el Ateneo de la Juventud y las reflexiones de José Vasconcelos, entre otros pensadores, críticos del determinismo positivista y mecanicista de inspiración spenceriana. Con el exilio republicano español y de latinoamericanos que se refugiaron en México huyendo de las dictaduras del sur, aunado a la profesionalización de la Filosofía como disciplina académica en

⁶ Villoro, Luis. *De la libertad a la comunidad*, México, Ariel - ITESM, 2001; *Los retos de la sociedad por venir*, México, FCE, 2007; *La significación del silencio y otros ensayos*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 2008.

la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, la influencia del historicismo de José Gaos y de Ortega y Gasset, del marxismo de Adolfo Sánchez Vázquez, de las inquietudes estéticas de María Zambrano, de los sudamericanos Enrique Dussel, Horacio Cerutti y Eduardo Nicol, y de la creación del grupo Hiperión en 1948, preocupados por la fenomenología y el existencialismo, el pensamiento filosófico mexicano nunca abandonó la larga tradición reflexiva sobre la identidad y la resistencia a la dominación. De este grupo surge la vertiente de Leopoldo Zea con la continuidad reflexiva sobre “lo mexicano”, que habían inaugurado tanto Vasconcelos como Samuel Ramos en la etapa anterior. Y es aquí donde ubico los orígenes intelectuales de las preguntas de Luis Villoro. Quizá es Emilio Uranga, el filósofo que más influyó en la trayectoria inicial de Villoro con su trabajo *Análisis del ser del mexicano*.⁷ De la generación filosófica de Villoro, entre Uranga, Zea, Ricardo Guerra, Jorge Portilla, Javier Sánchez McGregor (que fundó la Facultad de Filosofía y Letras de la BUAP en 1965) Salvador Reyes y Fausto Vega, sin duda el maestro fue el más agudo y original.⁸ Un trabajo liminar de Villoro poco conocido fuera del círculo de reflexión filosófica, *Génesis y proyecto del existencialismo en México*, introducía el debate Heideggeriano y de Sartre en los debates sobre la identidad, esa apuesta tan cara del nacionalismo revolucionario en su apogeo.⁹

Vi por última vez al maestro en Puebla, en ocasión de un aniversario de la Facultad de Filosofía y Letras de la BUAP, en el 2004. Tuve el privilegio de cenar con él y discutir sobre sus acercamientos al proyecto de *Estado Plural* y a la importancia de la democracia radical. Terminó mi crónica personal con una frase de su hijo Juan, su heredero en el Colegio Nacional, a quien conocí también en la UAM-I como un rebelde integrante de un grupo musical de rock, quien sin duda ya soñaba con las motocicletas, por motivos muy diferentes por los que su padre se interesó hacia el final de su vida.

“Durante décadas, mi padre ha sido saludado por ex alumnos cuyos nombres no ha podido retener. A todos les responde con una sonrisa y los ojos brillantados por una abstracción feliz. Su cara encarna el concepto de “reconocimiento” en forma tan lograda que sería decepcionante que lo vulgarizara volviéndolo concreto y recordando un apellido. Esta actitud se repitió mil veces en el Congreso Nacional Indígena. Para las sesenta y dos comunidades era “el profesor”, “el filósofo”, “don Luis”, “el anciano venerable”. Iba con el aire levemente distraído de quien enfrenta personas que son signos.

⁷ Uranga, Emilio. *Análisis del ser del mexicano*, Porrúa y Obregón, México, 1952.

⁸ Para una visión panorámica útil sobre el devenir del pensamiento filosófico en México, véase Villegas, Abelardo. *El pensamiento mexicano en el siglo XX*. México, Fondo de Cultura Económica, 1993.

⁹ Villoro, Luis. “Génesis y proyecto del existencialismo en México”, en *Filosofía y Letras*, UNAM. núm. 36, octubre-diciembre de 1949.

El estudioso de fray Bartolomé de Las Casas, Vasco de Quiroga y Francisco Xavier Clavijero encontraba en los hechos un mundo que durante décadas solo había formado parte de sus libros.”¹⁰

Sin duda fui uno más de sus exalumnos pero en la última vez que lo saludé de mano y conviví con él, había recordado mi nombre...el destino juega con nosotros de manera extraña. Don Luis (como los zapatistas lo llamaron siempre) mexicano de madre (María Luisa Toranzo, originaria de San Luis Potosí) y no sólo por adopción como algunas fuentes españolas suelen deslizarlo, fue educado en Bélgica por jesuitas. Mi pasado jesuita en el Instituto Oriente, acostumbrado a lecturas de resistencia y otredad (ya como historiador las ideas del jesuita Michel de Certeau alimentaron más mis búsquedas personales) me inclinaron de manera inconsciente con el maestro. Gratitud eterna a quien me enseñó a ser maestro. Pues con Villoro aprendí que enseñar es transmitir saberes que remiten al conocimiento. No es en la repetición, sino en la transmisión donde se produce la comunicación del conocimiento como un saber.

¹⁰ Villoro, Juan. “Mi padre el cartaginés”, en Revista Orsai, 2010. Disponible en: <https://revistaorsai.com/mi-padre-el-cartagines/>